

NARRATIVAS BIOGRÁFICAS

Oficios, agencias, memorias e historias de muerte en Engativá



NARRATIVAS BIOGRÁFICAS

Oficios, agencias, memorias e historias de
muerte en Engativá

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL

ALCALDESA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia López Hernández

SECRETARIO DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Nicolás Montero Domínguez

DIRECTOR INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL

Patrick Morales Thomas

SUBDIRECTORA DE DIVULGACIÓN Y APROPIACIÓN DEL PATRIMONIO

Angélica María Medina Mendoza

PROGRAMA DE FOMENTO

Equipo de Inventarios de Patrimonio Cultural Inmaterial

Beca para el reconocimiento de los oficios o actividades productivas tradicionales en Bogotá

Proyecto cementerio vivo: oficios, agencias, memorias e historias de muerte en Engativá

Programa Distrital de Estímulos 2020

INVESTIGACIÓN Y TEXTOS

Crispulo Rivera Núñez y Ginna Marcela Rivera Rodríguez

COORDINACIÓN EDITORIAL Y TEXTOS

Ginna Marcela Rivera Rodríguez

DISEÑO GRÁFICO

Diana Alexandra Luengas Luna

FOTOGRAFÍAS

Carlos Eduardo Nieto González

AGRADECIMIENTOS

María Elena Junca Camacho, José Israel Gordo Muñoz, María Alexandra Bernal Henao, Graciliano Páez, Párroco Lázaro Trujillo Mosquera y José Darío Mirque.

NOTA DERECHOS DE AUTORES

Gracias por apoyar la edición autorizada de este proyecto de divulgación gratuita y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear, ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso de sus autores.

Diciembre de 2020, Bogotá, Colombia

CONTENIDO

Presentación	6
Los oficios de Elena	11
Los oficios de José	18
Los oficios de Alexandra	24
Los oficios de Graciliano	30
Los oficios de Lázaro	34

Presentación

Hablar de lo que somos es hablar de lo que hacemos, de lo que necesitamos para existir, es evocar una de las cosas que nos mueve socialmente. A través de la historia, alrededor del hacer y del saber se han creado dispositivos de identificación y clasificación que nos ubican en relaciones de producción específicas, que nos hacen parte de sistemas de transmisión de conocimientos, artífices de experiencias cotidianas y partícipes de formas de asignar valor personal y cultural a los modos por los que optamos para “ganarnos la vida” y para “ganarnos la muerte”.

Esas formas de producir, de hacer y saber proveen de alimento a nuestra memoria vital, configuran nuestro pasado colectivo y nuestros orígenes, pero también, nos señalan las transformaciones que vamos teniendo y los registros de aquello que persiste aún con el paso del tiempo. A algunas personas les gusta hablar de todo esto como tareas u oficios, a otros les parece mejor verlo como artes y vocaciones, y hay otras que prefieren nombrar a estas formas como profesiones, como trabajos.

Sea cual sea la forma de entender el hacer y el saber, aquí queremos proponerles un diálogo, una armonía polifónica, plural y situada alrededor de la vida y de la muerte. Pero no queremos hacerlo de manera abstracta ni tampoco tenemos pretensiones de dar cuenta de todo lo que este tema implica. Más bien, tenemos la mirada enfocada en un lugar muy concreto y en las historias de personas particulares que ocupan espacios y relaciones vitales alrededor de los muertos en un barrio de Bogotá, personas que habitan sentidos comunes y la idea misma del “nosotros”, de eso que forma parte de lo que fuimos, de lo que somos y seremos.

Nos proponemos rodear estas historias y hacer eco de sus voces y palabras, en últimas, y de manera más diáfana, queremos acercarnos a lo que se dice, se sabe y se hace, desde el vínculo estrecho e ineludible que se teje comunitariamente entre los vivos y los muertos en el cementerio de Engativá pueblo, ese lugar al que todos algún día llegaremos.

Agradecimientos especiales a Carlos Eduardo Nieto González y a Guillermo Alberto Padilla Rubiano por su generosa lectura, su genuino interés por los muertos y los vivos de Engativá y por sugerir las palabras precisas para hablar de ellos.

El primer sepulturero fue don Tobías González. Don Tobías tiene una tumba sellada que un cura le puso. Cuando lo enterraron el cura dijo “**aquí sacan a todos menos a Tobías González**”. Trabajó tanto el hombrecito que se murió como en el 92. Después de él entró el sepulturero Domingo Junca, el papá de Elena, se fue Domingo y entró Elena hasta ahí sé, más antes no.

Graciliano Páez (2020)



Los oficios de Elena



Mi nombre es María Elena Junca Camacho, para ustedes “Elenita Vargas”. Soy nacida aquí en Bogotá, en Fontibón más concretamente. Tengo 48 años. Gracias a Dios estoy rodeada de una buena familia, nosotros vivimos en Engativá aproximadamente hace 35 años. Mis abuelos eran raizales de Engativá. En el cementerio del barrio yo tengo a mis abuelos paternos y maternos, Paulina Caipa, Antonio Junca, tengo a mi suegra, un cuñado, tengo a mi bebecito, a mi tía Leonor, a un sobrino de 3 días, también a una sobrina de mi esposo, a mi sobrino y a su jardín de rosas.

Mi papá Domingo Junca fue nacido acá también, él trabajó en el cementerio del barrio como sepulturero después de que falleció don Tobías González. Mi papi era albañil, él ahorita no existe, hace 21 años falleció, “él fue el último de los que dejaron en tierra porque ahora solamente se hace en bóvedas”

Cuando menos me di cuenta mi papá estaba aquí metido en el cementerio de lleno, él comenzó a trabajar porque las familias lo contrataban cuando había un entierro o cuando necesitaban sacar a un familiar, alcanzó a durar como unos 10 años. Lo llamaban de la iglesia y le

decían “don Domingo que necesitamos una bóveda”, entonces él venía, la alistaba, la dejaba limpia para cuando fuera la hora del entierro. Tengo entendido que la familia era la que le pagaba a mi papá y la iglesia estaba de acuerdo. En ese entonces no se manejaban recibos ni nada, la iglesia no recibía dinero, directamente lle decían a los familiares “páguenle al encargado”, es decir, a mi papá.

Ya a lo último, él también sacaba los cuerpos. Pero él nunca nos dejó ver lo que hacía. En ese sentido, sí era rígido con la norma, él decía que menores de edad no era bueno que vieran una exhumación porque es traumática incluso para los adultos, pues uno recuerda cómo era la persona cuando estaba viva y pasa que esa persona no va a salir igual después de los años que la guardaron. Él decía que no era conveniente entrar uno a mirar, a fisgonear. Pero yo sí quería ver.

Un día yo vine y me acerqué a la puerta del cementerio y vi uno que él sacó porque en ese tiempo no había cuarto de exhumación, todo se hacía al aire libre, se sacaba el cajón y de una vez frente a los familiares se trabajaba el cuerpo. **Él estaba encerradito acá con la familia y a mí se me hizo normal**

y dije “pues algún día yo también puedo hacerlo”, y pues ese día me llegó y ya llevo 21 años en esta labor de sepulturera del cementerio de Engativá.

Después de que papá falleció, en un mes de mayo y a los 15 días exactos, mi mamá fue y le dijo al padre que ella iba a entregar lo que había dejado mi papá, es decir, su herramienta y las llaves del cementerio. Pero el padre Óscar Hernández que, estaba a cargo, le dijo “no señora Matilde, téngalas usted, vamos a seguir abriendo la puerta común y corriente, mientras conseguimos quien lo reemplace a él”. Mi mamá llegó de la iglesia y nos reunió a los de la familia y dijo que ella quería que siguiéramos la tradición, que continuáramos con lo que estaba haciendo mi papi.

Entonces le dijo a un compadre de ella, pero él no podía estar de lleno porque tenía otro trabajo, luego le dijo a mi hermano que es el único hombre de todas nosotras y él no quiso porque es muy nervioso, al ver eso yo le dije a mamá “no se ponga a rogarle a nadie, hagámoslo las dos”. Hablamos con el padre y él acepto, mientras la parroquia conseguía a otra persona.

Así, fue como me quedé y a los 15 días me fui a sacar al primer señor. La fecha y la hora de esa exhumación la fijó la familia, ese día yo llegué con mi sobrino que me acompañó, sacamos tranquilos el cajón, pero al señor se le pegó la bolsa que le pegan en el estómago, y eso tenía, perdónenme la expresión, las tripas del señor. La bolsa se le quedó pegada en una puntilla del cajón, y pues como yo vi que mi papá lo hacía tan fácil me puse a sacar la bolsa y eso quedó el reguero de agua sangre y olía hasta micos. Era la una de la tarde, hora de almuerzo, esa familia salió a correr por todo lado, no hallábamos para dónde coger porque la brisa llevaba el olor y donde uno iba, allá llegaba y quedaba uno impregnado.

Yo cogí valor como pude y rapidito eché eso en la urna, el señor estaba casi completo, las manos me temblaban. Yo le pedí mucho a esa almita que se dejara trabajar y fue esa la única manera de terminar, rapidito fui poniendo ladrillos y la logré. Cuando acabé pensé: si pude con este ¿por qué no voy a poder con los demás? Esa tarde llegué a la casa y me fui directo a bañar porque quedé impregnada de ese humor y me puse a pensar en lo que me había metido pero yo como siempre he sido muy conservada en

mis oraciones le pedí mucho a las almas que me dieran fortaleza.

Desde ahí, les pido a ellas que me den el permiso porque mi trabajo no es no más llegar al cementerio, abrir una bóveda y sacar un cuerpo. Yo por lo menos cuando los despierto, cuando los levanto de su apartamento, uno o dos días antes de la fecha, les pido que se dejen ayudar, de cualquier manera, me hago entender y ellas me entienden. Yo las trato de la manera más formal, en la mente digo perdónenme y les pido el auxilio para poderlas manejar, para no tener que maltratarlas cuando las esté sacando y extrayendo sus huesitos al pasarlas a una urna más pequeñita, para poderlos organizar.

A mí me ha pasado que noches antes de sacar un cuerpo no me dejan dormir, eso comienza uno a sentir como un peso, se acuesta lleno porque comió mucho y se siente como maluco, con indigestión, ellos se ponen a veces como pesados y amanece uno más cansado de lo que se acostó. Créalo, porque ellas son personitas que existieron y son de respeto porque no se pueden defender. Pero es como si dijeran “ah, usted me levantó, pues ahora tome”.

Ellas se manifiestan de una u otra forma, se hacen sentir, a veces me revelan en qué forma los voy a encontrar, o en qué forma los debo trabajar, o si no se van a dejar y hay momentos en los que uno siente que lo abrazan y como que agradecen porque uno les quitó un peso de encima, siente uno como emociones, como una nostalgia, pero a veces son buenas, todo no tiene que ser malo. Una vez, yo tuve un sueño en que estaba viendo una tumba que echaba llamas, y yo dije eso es señas de que va a estar completo, al otro día yo tenía que sacar a un señor y sus huesitos estaban limpios, el señor se dejó facilito, eso fue en media hora, como quien dice "sáqueme rápido porque quiero irme de acá".

El día en que uno los va a trabajar puede pasar de todo, hay abuelitos antiguos que están como conservados por la medicina o porque los alimentaron bien con sus mazamorras, sus chichas y sus guarapos y cuando uno los saca están como momificados. Pero, hay otros que son difíciles. Por ejemplo, un día yo tenía que sacar una persona de la bóveda 12, tocaba sacarlo de un cuarto piso, el cajón estaba muy pesado y yo pensé algo pasa, le pedí el auxilio y ¿usted cree que se dejaba sacar? se puso super rígido y por ningún

lado se podía. Entonces yo le volví a pedir, pero ¿sabe qué hizo? Sacó una patada y me mandó para el suelo.

En un tiempo, a mí me tocó echarle cuchillo a algunos cuerpos y yo les pedí mucho perdón porque eso duele, a mí me duele porque eso es como estar tajando un pedazo de carne, no sé cómo expresarme, ellos no se merecen eso, haya sido buena o haya sido mala esa persona, haya sido una persona que en esta vida no tuvo pudor o yo que sé, merece el mejor de los respetos. En esta labor no faltan los cacharros, pero son gajes del oficio como dicen.

Hoy en día con todos los ajustes que se le han hecho al cementerio, cuando yo voy a trabajar tengo, además de mis herramientas como el palustre, el puntero, la maceta, el palín y una pala especial para las exhumaciones, un overol, careta con dos filtros, guantes especiales, gafas, botas de caucho o de material. El trabajo yo lo hago en el cuarto de exhumación, destapo el cajón y dejo ver a la familia por la ventana porque ellos no pueden estar conmigo, pues el cuerpo suelta gases, líquidos o fluidos que están retenidos después de 4-5 años y que hay que manejar bien para evitar contaminación y riesgos.

La familia revisa que su pariente tenga la ropa con que lo enterraron y verifican que no se va a quedar nada dentro del cajón. Cuando yo termino les entrego la urna sellada con los huesitos, y les digo “bueno ¿alguien lo quiere llevar para su osario?” hay personas que dicen “sí, yo quiero cargar a mi familiar”, entonces le hacen el acompañamiento al osario.

Enseguida lo que yo hago es tapar el hueco, la familia se retira y yo me quedo a romper el cajón, a organizar y marcar los desechos, a lavar el cuarto, desinfectarlo con unos líquidos especiales, tapo la bóveda también. Después de eso yo solía actualizar el inventario con mi puño y letra porque yo estaba muy pendiente, sabía qué tenía libre, qué se ocupaba en el cementerio, como una tienda hago yo la comparación. A mí me llamaban, así fuera que no estuviera ahí y me decían “necesito una bóveda” y yo sabía cuál número podían usar porque yo me sé de memoria el recorrido y la numeración.

Con todo eso, hoy en día yo me siento muy orgullosa de ser parte de mi comunidad, de poderle servir, y pues aspiro a seguirles sirviendo hasta donde mi Dios y los padres me lo permitan. Aunque a uno le da miedo recibir una enfermedad porque todos no

nos estamos muriendo de lo mismo, hay muertes violentas, otros de cáncer, otros de un sida y los cuerpos no son inmunes, por eso piden unos estándares de vacunación, unas vacunas especiales que hasta donde yo he podido, las he pagado y otras me las han dado en el hospital de Emaús, como la de la hepatitis B o la del tétano, ellos no me las han negado.

De todas maneras, a mí sí me gustaría tener una capacitación avanzada porque las pocas capacitaciones que he recibido son únicamente para bioseguridad, para hacer un mantenimiento y mejoramiento del cementerio, aprender cómo debo trabajar unos restos, de eso sí sé porque me las han facilitado por medio de la parroquia.

Pero desde que me involucré siento como que eso lo llama a uno y como que uno necesita saber un poquito más, y entre más uno trabaja, más preguntas tiene. Para algunos debe ser impactante, pero cuando a uno le fascina quisiera meterse más al fondo de esa investigación, indagar mucho más de lo que uno puede ver, como cuando usted nada y quiere meterse en lo profundo, es una sensación agradable y quisiera más y más, eso es lo que me pasa a mí.

Por ejemplo, yo he querido asistir a un crematorio para entender bien cómo funciona, pero no he podido, no he tenido la ayuda porque no tengo los medios económicos para poder ingresar ni para hacer un estudio, para ver hasta dónde me puedo llegar a arriesgar, para poder conocer más, para poder ofrecer un buen servicio a mi comunidad, para atender a los muertos con la dignidad y el respeto que se merecen.



Archivo personal de Elena Junca

Tu vida y tu obra se prolongan a través de los nuestros, eres semilla de amor y vida, gracias por ser como fuiste y por el amor y la vida que nos brindaste. Nuestras flores serán el arreglo en tu tumba, nuestras lágrimas el riego, nuestras oraciones el descanso de tu alma.
Hasta pronto, tu esposa.

**Lápida de Juan José Pinilla M (29 de enero de 1998)
Cementerio de Engativá**

FUNERARIA METROPOLITANA



Los oficios de José

Mi nombre es José Israel Gordo Muñoz, nacido en Chía Cundinamarca el 18 de octubre de 1963, vivo en Engativá aproximadamente desde hace unos 16 años. Desempeño los servicios de conductor, tanatólogo, coordinador y administrador de la Funeraria Metropolitana. El tanatólogo o embalsamador es el que desempeña el arte de tratar de recuperar el cuerpo y de hacer procesos de desinfección, para que las personas que acuden a un velorio no tengan ningún riesgo. Mi oficio es importantísimo porque así se garantiza a los dolientes el poder estar en una sala de velación, el poder trasladar

de un departamento a otro un cuerpo, igualmente, se ayuda a la familia que, en ese momento, no acepta la pérdida de su ser querido, a hacer ciertos procesos porque uno trabaja para dar la imagen de que la persona que partió está dormida y que está tranquila.

Yo inicié la profesión desde muy joven, imperativamente entré al negocio. Yo era un niño campesino muy inquieto, a la edad de 12 años me escapé de la casa y fui a dar a la Avenida Primera entre Caracas y Décima, me presenté por allá y alguien me dio la oportunidad y dijo “este muchacho es sano, no es gamín”

y empezó a apoyarme, él era dueño de una funeraria. Él me presentó a una señora llamada Carmen Villa Rodríguez, quien también me vio con muy buenos ojos y prácticamente me adoptaron, me enseñaron a tapizar los ataúdes para los bebés y posteriormente, como tenían una funeraria grande y muy reconocida que tenía distintas sucursales, me fui capacitando empíricamente para hacer el traslado y el arreglo de los cuerpos. En esos tiempos se hacía un preparamiento con cal y aserrín normalmente, ya después vinieron cambios y empezaron a usar el formaldehído y otros químicos que se aplican por vena o arteria para la conservación del cuerpo.

Cuando a uno le entregan un cuerpo se debe verificar en todos los procesos que exista el certificado médico ya sea una muerte clínica, muerte natural o muerte violenta. El cuerpo lo entregan en una camilla y se traslada en la carroza funeraria para una parte que llamamos laboratorio, el cual es el lugar donde desactivamos el cuerpo y le hacemos un tratamiento de preservación, maquillaje y vestido. Luego se procede a retirarlo y colocarlo en el lugar de velación de acuerdo con las necesidades de las

familias. Dependiendo el credo y la doctrina que manejen por su religión se procede, cuando son católicos, a la iglesia del sector y se solicita un servicio que se llama exequias, que celebra el padre antes de llevar el cuerpo, o se lleva directo al cementerio o a los hornos crematorios.

Desafortunadamente, mi oficio es algo desagradable para algunas personas, a veces tiene uno inconvenientes de rechazo a nivel social. Por eso, no puedo comentar ampliamente que yo soy el que arreglo los cuerpos, que soy el que los baño, el que los viste, porque a muchas personas les da asco, a otros les da miedo, la gente dice “no le doy la mano porque toca cuerpos”, “no puedo ser su novia porque usted arregla cadáveres”. Ese rechazo social hace que uno oculte su profesión o cambie de nombre al oficio que está desempeñando. Pero como sea, esta es una profesión muy bonita, uno tiene la inspiración para hacerla cada día mejor y por eso, he transmitido esta información a muchas generaciones, a todas las personas que se interesan por esta noble profesión. Yo he tenido el gusto de capacitarme en el Instituto de Medicina Legal, en 2007

hice un diplomado en el que, en vez de aprender, terminé enseñando a los que estaban dando el diplomado.

Como tanatólogo el contacto que tiene uno con la familia es muy poco, en algunas partes ni existe, usted tiene que estar en el laboratorio exclusivamente, pues debido a tantas infecciones y enfermedades que hay hoy en día, el tanatólogo tiene que estar aislado de las partes administrativas o de la parte de ventas de las funerarias. Entonces, más que todo le coloca uno el corazón a la labor que, **si se trata de una mujer, pues hace uno de cuenta que es la madre o la esposa de uno y cuando es un hombre o un joven, uno hace de cuenta que es su padre o un hijo, y que por eso usted tiene que brindarle los mejores servicios a esa persona.**

Para trabajar, yo primero le pido permiso al padre para que me defienda de todo lo que pueda traer ese cuerpo en el momento de desactivarlo y hago las cosas dándole gracias por los resultados óptimos. Desactivar es un proceso de desinfección del cuerpo y eso implica reconocer que los órganos patógenos que trae no son adecuados y pueden

transmitir varias enfermedades, entonces la desactivación es como lavarlo, como limpiarlo. Todas estas tareas requieren mucho respeto, no interesan las circunstancias, siempre debe haber admiración por esa persona que partió y sobre todo porque deja a muchas personas tristes.

A mí este oficio me ha vuelto más sensible porque uno cree que esto no le puede llegar a pasar a uno, pero con este oficio se da uno cuenta que nosotros los seres humanos somos tan frágiles que no requerimos de nada extraordinario para irnos, solamente dejar de respirar y ya. También me he vuelto más precavido ante las situaciones de la vida como por dónde cojo, a qué hora salgo, qué resultados puede haber al embriagarme y subirme a un vehículo. Me hice más consciente de que hay consecuencias que son eternas como la muerte.

Hoy en día, toda persona que fallece es un riesgo patógeno debido a tanto virus que existe, sería una bomba de tiempo si recogiéramos un cuerpo y no tomáramos las medidas o los protocolos de seguridad que se deben llevar, o si no se desinfectara o se hiciera el

tratamiento de preservación, por eso el oficio es tan importante. Además, porque ningún muerto debe estar desamparado y el estado debe brindar un servicio funerario para aquellas personas que no cuentan con posibilidades económicas para que sean enterradas dignamente, para que tengan derecho a su ataúd, a que se haga una investigación profunda para averiguar las causas de la muerte, o para que no sean enterrados como NN, que es la forma más triste que puede haber de ser enterrado.

La funeraria que yo administro nació de una visita que hicimos a Engativá. Vinimos y nos pareció que, siendo un pueblito tan pequeño y bonito, tenía todos los servicios, tenía su hospital que, desafortunadamente, los gobiernos lo dejaron acabar, también tenía su cementerio. Pero, nos llamó mucho la atención que no hubiera una funeraria, entonces vimos la posibilidad de adquirir la propiedad de un lote y se construyó la funeraria para prestarle los servicios a los de Engativá desde hace 18 años.

Nuestro servicio no es convencional, nosotros no ofrecemos paquetes porque los vemos con malos ojos. Al colombiano

normalmente le gusta todo barato o todo gratis, pero resulta que las afiliaciones no tienen nada de gratis ni nada de regalado. Al contrario, se prestan para que los extorsionen, para que paguen durante toda la vida por un servicio funerario que además no tiene control de precios razón por la cual nos vemos explotados cada día más y más por algunas empresas. Nosotros prestamos el servicio para resolver la necesidad inmediata y somos tradicionales en eso porque pactamos con la familia que, se encuentra en su momento de dolor, un valor y se les otorga un crédito si lo requieren, sin ningún tipo de financiación.

Aquí o en otra funeraria el oficio no acabará nunca, muertos habrá todos los días y a toda hora. Pero, en el futuro vendrán nuevos procedimientos de preservación, más químicos, más maquinaria, más tecnología que cada vez está más cerca de lo que hago.

Nos dejaste lo que es máspreciado, un nombre sin manchas, las enseñanzas de una vida ejemplar, el recuerdo de tus consejos y la esperanza de encontrarnos contigo en la eternidad. Recuerdos de tus hijas y nietos

**Lápida de María Suárez de Martínez
(6 de enero de 1912-12 de abril de 1984)
Cementerio de Engativá**



Junio 26 - 2000

Padre

Tu me has muerto cada día te
recuerdo mas, el vacío que
dejaste nadie llenara un padre
como tu quien olvidara?

Te amo y te amare siempre
nunca te olvidare.

Recuerdo de tus hijos y nietos

Tulo
nal

Los oficios de Alexandra

Mi nombre es María Alexandra Bernal Henao, que yo tenga razón de vida, yo nací aquí en mi pueblo engativeño, tengo 53 años. Mi madre tuvo que haber llegado aquí cuando tendría por lo menos 20 o 21 años, ella se llamaba Durley Henao y mi viejo se llamaba Marco Tulio Bernal. Mi padre era conductor de Expreso Bolivariano y mi madre fue una gran colaboradora del cementerio. Yo le heredé eso a ella porque ella prácticamente hizo lo que yo estoy haciendo y seguiré haciendo, ella lo limpiaba, estaba pendiente de la gente, de sus flores y de muchas cosas del cementerio. Yo tengo sepultados

en el cementerio de mi pueblo a mi madre, a mi padre, mis cuñados, primos, yo tengo harta familia ahí sepultada.

El cementerio antes era más bien un basurero, era muy dejado, muy triste, muy abandonado, y de ese sentimiento nació mi lucha porque yo estoy metiendo la mano al cementerio desde hace 33 años que murió mi madre. Yo le hice una promesa a mis viejitas, a las almas que desde el día que puse el primer ladrillo hasta el día que yo me muera, no las voy a desamparar, si tengo que barrer, voy a barrer y a estar con ellas, pero yo no las voy a desamparar.

Yo trabajo por el cementerio porque yo no quiero que se acabe ni que nos lo quiten. Nuestro cementerio es un lugar santo, un lugar donde hay oración, donde tenemos a nuestros seres queridos, donde hay cosas hermosas, es como usted tener su casa y que se la tumben, a usted le va a doler.

En Engativá se han aprovechado del cementerio por ser un lugar pequeño, se ha prestado para la delincuencia, se han robado lápidas, los adornos de aluminio, de hierro, hasta una vez se robaron un cuerpo, personas malignas que hacen brujerías y mañas a los demás. Yo he incautado muchas cosas de esas, he desenterrado muchas brujerías, cosas aterradoras que uno dice que no las hay, pero las hay. Hemos encontrado, por ejemplo, un plato hondo metálico donde se bañaban los pies los abuelitos con una familia entera, el papá, la mamá y dos muñequitos pequeños en plastilina forrados, seguro le estaban haciendo brujería a toda la familia.

Se ha encontrado ropa interior, uñas, cintas negras, huevos cocinados, monedas, muñecos de cera, fotos de hombres chuzadas con alfileres, porque más que todo les hacen brujerías a los hombres, les ponen maldiciones, que “le deseo la

muerte pronta”, que “usted tiene que ser solamente mío”, que “se le ha de podrir ese no sé cuántas”. Con esas cosas uno queda aterrado.

Hay brujos que sacan todo eso, pero de aquí a que venga un brujo a hacerlo se muere el paciente, entonces tocó hacerse cargo. Averiguamos y nos dijeron que esas cosas es mejor quemarlas o botarlas al río, pero la cosa es que si se bota a un río la cura para la persona a la que le hacen la brujería va a ser más leve, mientras que, si se quema, la persona va a sentir como estilo un infarto o una convulsión, pero sale rápido de esas.

Tocó pedir asesoría a mujeres que tuvieran experiencia porque las señoras de aquí de Engativá eran muy sanitas, uno se asusta de todo lo que le toca ver aquí. Una vez encontramos una brujería aterradoras y la fuimos a quemar y no prendía, cerramos el cementerio con llave y de pronto se aparece adentro del cementerio una abuelita con bastón y vestida de blanco, yo temblaba y lloraba. Ella habló conmigo y me enseñó una oración que solamente yo la sé. Después de eso fuimos a dar a la iglesia y el padre nos dijo que era un ángel que nos guiaba por quemar todas esas brujerías, todas esas mañas.

A mí me da rabia ver que la gente sea tan poquita, de querer tener a un hombre, a una persona a las malas. El amor no se gana a las malas, si no lo quieren a uno ¡adiós!, el que se va, se fue y otro vendrá y si no, se queda uno solo. Pero, destruir a una persona que uno quiso, con el que vivió, con el que compartió, hacerle una cosa de esas, eso es no tener personalidad.

Yo quiero ser enterrada en el cementerio de mi pueblo, esa es mi adoración, es lo que yo más deseo en mi vida y yo he pedido que el día que me muera yo quiero quedar aquí con mi viejo. A mí que no me saquen de Engativá. Aquí nací y aquí moriré.



Amar fue tu legado, nacer para servir, artista de la vida, optimista hasta el fin. Orabas con cautela, la noche estaba fría, insistías al cielo postergar tu partida, venías enfermando, sufriendo cada día, añorabas ansiosa no partir todavía.

Domingo en la mañana al ser ya un poco tarde, abrías el zaguán del corazón muriendo y atónicos quedamos, lloramos sin remedio. Sintiendo tus caricias, atento a tus consejos, noto cómo susurras, desde algún rincón del cielo, comer ya de tus manos, hacer palmas al perro, corretear al gallo, reír, enloquecido, zambullirme en mis lágrimas, dolor y sufrimiento al ver hacerse polvo, tu sonrisa en el tiempo.

**Lápida de Ana Oliva Daza de Jiménez
(20 de febrero de 1936- 25 de octubre de 2015)
Cementerio de Engativá**



Los oficios de Graciliano



Me llaman Graciliano Páez, tengo 76 años. Llegué a Engativá en el año de 1972 con mi familia, mi mamá, mi papá y mis hermanos. En un tiempo fui agricultor y ahora soy albañil, seguiré trabajando hasta donde Dios me dé licencia.

Yo soy vecino del cementerio, cuando yo llegué acá, el cementerio era una tristeza, puro pasto, piedras y basura. Entonces un día yo negocié con un curita saliendo de misa, en el momento no me acuerdo cómo se llamaba, y yo hice negocio con él en la casa cural, le dije “por 60000 pesos yo le arreglo el cementerio”. El cura me dijo “no será que estás cobrando como

mucho” y yo le dije “no, padre eso vale”, dijo “bueno ¿cuándo comienzas?” y yo le dije “mañana lunes”.

Conseguí un poco de gente, digamos cinco o seis trabajadores, entre esos mi hermano, porque a nosotros nos daba nostalgia ver el cementerio y en una semana lo limpiamos, salieron como 35 volquetadas de mugre, con la bondad de buenos amigos se trajeron cargadores y toda esa vaina se desapareció. Cuando el cementerio estuvo limpio, se empezaron a hacer más tumbitas, osarios, se subió la virgencita y se empezó a arreglar bien bonito, a traer florecitas y ya cada uno

cuidaba su difuntico. Yo no me volví a meter más en esas cosas porque ya le tocaba a alguien más y porque ya le habíamos metido el cuerpo, es que es como mantener limpia su casita, todos vamos para allá, es la última morada y ahí acabó, y si una persona entra da pena que esté todo sucio.

A mí me gusta mucho el cementerio, yo no tengo a nadie enterrado ahí, pero yo sí creo y le tengo mucha fe a las benditas almas, uno vive tranquilo aquí como vecino de ellas porque siempre lo cuidan a uno. Yo escucho ruido de todos los lados, pero del cementerio no, eso allá es sabroso. Por eso, yo quiero mucho mi cementerio.

Hay gente que es incrédula, que le da miedo, pero yo pienso que eso es falta de fe porque el cementerio es un camposanto. No hay por qué tenerles miedo a los muertos, me dan más miedo los vivos. Si uno les tiene fe a las benditas almas, uno les dice “benditas almitas, cuídenme la casita” y téngalo por seguro que no le sucede nada, a mi nunca me han robado, esa es la fe.

Padres. Nos llevaron de la mano cuando niños, nos enseñaron el camino de la vida, el respeto y los buenos ejemplos. Mucho apoyo cuando lo necesitamos, nunca estuvimos solos. Nos dieron el amor hasta la muerte, pasarán los días, los meses y los años sin poder sacarlos de nuestras mentes ni de nuestros corazones. Aquí reposa la inteligencia de dos seres que fueron leales con sus amigos, responsables con sus hijos y honestos con la sociedad. Sus hijos, nietos, bisnietos, yernos y nueras siempre los recordarán. Que en este glorioso cielo sean felices con Dios. Amén. LOS QUEREMOS MUCHO

Lápida de Salustiano Rocha y de Amparo Tique de Rocha
(16 de mayo de 1941- 6 de junio de 2004)
(22 de diciembre de 1950- 19 de junio de 2003)
Cementerio de Engativá



Los oficios de Lázaro

Mi nombre es Lázaro Trujillo Mosquera soy el párroco de la Parroquia San Lorenzo Diácono y Mártir de Engativá. Estoy aquí desde el 9 de diciembre del año 2019 al servicio de esta comunidad.

Para la iglesia cristiana católica a la que pertenezco los restos mortales son los desechos del cuerpo físico. Sin embargo, nosotros tenemos claro que no vamos a resucitar en este cuerpo, como lo digo yo, un cuerpo lleno de colesterol, triglicéridos, problemas y cicatrices. Nosotros creemos que resucitaremos en un cuerpo y alma gloriosos. Desde esa perspectiva, a la persona que fallece le ofrecemos la

posibilidad de hacerle una despedida, que es lo que nosotros llamamos las exequias o el sepelio, es decir, una despedida litúrgica que es una eucaristía y que en el tiempo de pandemia tuvimos dificultades para hacer.

Posterior a la sepultura oramos por tradición, lo que le llamamos el novenario. El novenario son 9 días a través de los cuales le oramos a Dios para que no le tenga en cuenta a la persona que fallece sus muchos pecados, ni sus muchas equivocaciones, sino que le tenga en cuenta el mucho amor que pudo haber dado en vida y que a través de ese juicio que Dios le haga, porque según la sagrada escritura ante el tribunal de Cristo

todos compareceremos, el difunto pueda pasar, entre comillas, la prueba y participar en el reino celestial, porque nosotros somos la iglesia peregrina, la iglesia purgante y la iglesia triunfante. Entonces, si la persona se fue con situaciones que no solucionó, y prácticamente ningún ser humano se va totalmente limpio, la iglesia purgante que, es lo que nosotros conocemos como el purgatorio, tiene que orar para que Dios no les tenga en cuenta sus pecados a los que fallecen.

Después de ese novenario, lo que se hace desde nuestra fe, es tener los cementerios para que los visitemos y hagamos oración ante la tumba de ese ser querido y anualmente, como le llamaban los abuelos, se hace el cabo de año o el aniversario de fallecimiento. Ahí, se invita a la gente a que anualmente oremos por ese ser querido y lo ofrezcamos en una intención en la celebración eucarística. Hasta que Dios tenga a bien al final de los tiempos, resucitarnos o para la vida o para la muerte, lo dice la sagrada escritura. Entonces ahí ya él definirá, si todos participamos del reino celestial. Eso es lo que nosotros tenemos claro.

Mientras tanto, a nosotros los vivos nos corresponde orar, ese es el trabajo nuestro, es una obra de misericordia orar por los vivos y los difuntos. Pero al vivo no solamente le corresponde orar por los que ya fallecieron, sino que nos corresponde tomar conciencia y convertirnos porque el evangelio dice “eso mismo les pasará, si ustedes no se convierten”. ¿Entonces qué nos toca hacer a nosotros aquí? pues orar por los que ya se fueron y mejorar nuestra vida, nosotros aquí tenemos que solucionar esto y a los difuntos les toca esperar que nosotros oremos. *Por eso, para nosotros es muy triste que un ser humano fallezca y que sus seres queridos lo olviden porque uno no está donde está el cuerpo, uno no está en el cementerio, uno está donde más se extraña y donde más se extraña a un ser querido es en el corazón.*

Respecto al cementerio de Engativá, tengo entendido que antes había una celebración mensual en el mismo cementerio. A partir de mi llegada en enero, y antes de que se declarara la pandemia, yo estaba celebrando los lunes a las 5 de la tarde una eucaristía. Cada semana iba aumentando el número de personas, empezamos unas poquitas, pero los últimos lunes que pudimos hacerlo estaban llegando en

promedio 25 o 30 personas, que era un grupito muy especial.

Con la llegada de la pandemia y la declaración de todo esto y las normas de bioseguridad se cerró el cementerio y no hemos podido volver a reactivarlo, hasta que no nos den el aval. Además, no es solamente esperar a que nos den la posibilidad de abrirlo, sino que el cementerio en este momento económicamente hablando, no está generando ninguna utilidad, está generando gastos y con esto de no tenerlo abierto, pues ha sido peor.

Nosotros cumplimos con todo lo que nos están pidiendo. Nos dicen, por ejemplo: “en tiempo de pandemia tengan el cementerio cerrado”. Pero, lo que sí hacemos es estar podándolo, estar aseándolo, pagar los servicios y mantenerlo lo mejor que se pueda porque mantener un cementerio, como sea que se llame, es muy importante. Nosotros, en nuestra fe, siempre pensamos en que los seres queridos hay que acompañarlos, siempre, eso es fundamental, por eso existen los cementerios.

Sin embargo, tener un cementerio parroquial implica que en la parroquia haya personas exclusivas que sepan del manejo de un

cementerio, por eso la mayoría de las parroquias cedieron los cementerios a raíz de esta situación porque nuestra función no es esa específicamente la administración de cementerios. Yo creería que, como no se puede por tradición, levantar el cementerio o quitarlo de ahí donde está, lo que sí hay que hacer es una edificación bonita, a la vista de la gente, algo bien especial, que la gente diga “bueno tenemos un cementerio, pero es algo bonito”.



Yo lo que me acuerdo es que, para el 2 de noviembre, que es la fiesta de los difuntos, un señor que se llamaba en vida Cándido Bernal, ese día de los difuntos, a la 1 o 2 de la mañana, salía de la casa de él y se ponía a recorrer por todas partes pidiendo una colaboración. Después que falleció el señor Cándido, era don Aureliano Ladino el que hacía ese trabajo, pero ya, falleció don Aureliano Ladino, y se acabó también todo eso.

En la iglesia le daban una campanita y él iba a las casas con su campanita tocando, pero por la madrugada, no de día, sino por la madrugada. La gente en esa época ya sabía y le daban su colaboración y él seguía hasta entregar lo que recogía en la parroquia.

José Darío Mirque (2020).



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

INSTITUTO
DISTRITAL DE PATRIMONIO
CULTURAL

